

CARLOS GONZALEZ C.



**UN ESPIRITU
Y UNA
ESTRUCTURA**

ediciones paulinas

UN ESPIRITU Y UNA ESTRUCTURA

Colección
VIDA CRISTIANA

6

Carlos González C.

Un Espíritu y una estructura

Ediciones Paulinas

Talca, 12 de abril de 1975

**A LOS CRISTIANOS
DE LAS PROVINCIAS DE TALCA Y CURICO:**

El documento "Un espíritu y una estructura" que tengo el agrado de presentarles desea ser un documento de orientación y reflexión para todos Uds. en especial para las Comunidades Cristianas y para todo el personal que trabaja en la acción pastoral de nuestra zona.

He recogido las conclusiones de la Jornada Pastoral de Vilches, Enero 1975; he recibido sugerencias al documento enviado en consulta en marzo de este año y he tratado de completar todo el material recibido en este trabajo sobre el espíritu y la estructura en la cual parece conveniente trabajar en los próximos años.

Le pido al Señor que logremos que El sea el corazón y el centro de nuestras vidas y que todo lo que podamos hacer sea en esta línea formadora de personas en verdaderas comunidades cristianas, en una real participación del laicado, en una verdadera diversidad de ministerios.

Les saluda cordialmente.

† Carlos González C.
Obispo de Talca

© Todos los derechos reservados
EDICIONES PAULINAS

Impresor: Ediciones Paulinas
Vicuña Mackenna 10.777
Santiago, mayo de 1975

Impreso en Chile - Printed in Chile

INTRODUCCION

El cristianismo más que una imposición o una ley o una tradición, es un llamado, una invitación a seguir al Señor y vivir su Evangelio.

Jesús invitó a algunos a seguirle y les propuso el camino de las bienaventuranzas; camino de verdad, de justicia y de amor.

No impuso por decreto su mentalidad. Pudo haberlo hecho porque es "El Maestro" —es autoridad; pero jamás quiso dominar o aplastar.

Jesús tiene fuerza y tiene vitalidad; pero nunca ha tenido poder y el obispo y todo aquel que debe gobernar una comunidad, deberá tratar de ayudar a descubrir —a cada uno de sus miembros— los caminos del Señor, sabiendo que los cristianos deben ser personas libres y maduras.

Es necesario creer en la buena voluntad de las personas; en la acción del Espíritu Santo, tener confianza y saber que el Señor actúa, en forma diferente, en cada corazón y en cada etapa de la vida.

Todos tratamos de buscar caminos y a través de la oración integradora, de la experiencia de la vida humana y por el apoyo y el cariño de los cristianos, se van encontrando respuestas a los interrogantes que nos va planteando la vida diaria y los acontecimientos.

El Obispo debe ser contemplativo y respetuoso de las personas y de las situaciones. Así le será posible continuar la acción de Jesucristo en medio de los cristianos y sólo así no se encerrará en una reli-

gión autoritaria o en detalles que impiden ver los grandes problemas.

“Jesucristo ocupó el último lugar que nadie jamás podrá quitárselo” decía un santo y mirando al Señor, servidor, humilde hasta la Cruz, habrá que abordar la orientación y conducción de nuestra Iglesia.

Siempre es difícil orientar porque los problemas de hoy día son complejos y las relaciones humanas no son fáciles. Existen rasgos adolescentes en los adultos que no maduraron y viven buscando culpables para esconder sus errores. Existen agresividades del joven que pierde la paciencia y desea hacerlo todo a mil kilómetros por hora cuando la vida va a un ritmo mucho más lento.

La Iglesia no es una monarquía; pero tampoco es una democracia. La Iglesia tiene una conducción bastante original en que juegan elementos humanos de los diversos sistemas y sobre todo actúa fuertemente la gracia del Espíritu Santo.

La Iglesia debe ir naciendo día a día por la acción misteriosa de Jesús y del Espíritu Santo. La Iglesia no es conducida por los hombres, por acuerdos, por decretos, por reuniones. Es Jesús quien va sembrando y el rol de un Obispo es hacer todo lo posible para que la fuerza de la Palabra del Señor llegue y compenetre a los cristianos.

Jesús es un llamado, es una semilla y es un fermento. En el Evangelio aparece como los hombres de esa época lo escucharon y lo siguieron.

Esa es la misión que nos corresponde a los sucesores de los apóstoles.

Conviene recordar que el cristianismo no se realiza al enfrentar sociedad contra sociedad, sistemas o ideologías contra otras ideologías. Es una verdad mucho más profunda que pasa por el corazón de los hombres. Va más allá de las ideologías, de las sociedades y de los sistemas porque, siguiendo el

ejemplo de Jesús, el cristianismo desea llegar a la totalidad de los hombres, a todo el hombre y así iluminar toda la condición humana.

En este espíritu, con sencillez, ojalá que con humildad en el corazón, se presentan estas orientaciones. Algunos las entenderán y tratarán de seguirlas. Otros no podrán entenderlas por tener su corazón en otra parte o por tener otra visión de la vida actual.

Estas reflexiones son un llamado y una invitación. La respuesta, la darán los cristianos, con la gracia del Señor.

I. EL ESPIRITU DE NUESTRA ACCION PASTORAL

La Iglesia, igual que los pobres y los que no tienen el poder de la tierra, no tiene la iniciativa para escribir la historia. La Iglesia no es la dueña de la historia. Sólo trata de responder e interpretar los acontecimientos e iluminarlos con la claridad del Evangelio.

Jesús no prefabricó esquemas para entregarlos a los habitantes de Palestina. Fue dando respuestas y adaptándose a una realidad histórica determinada.

Jesús no hizo la historia. Sólo la iluminó con su amor y con su presencia. Esa debe ser hoy nuestra tarea.

Vivimos en un tiempo conflictivo y la crisis de nuestra época lo afecta todo. Las relaciones humanas suelen ser tensas. La grave crisis económica a nivel mundial hiere hondamente a todos. Sobre todo los que sufren más son los que tienen menos. En los países de Asia, Africa y América Latina mueren personas por hambre, por enfermedades. Tantos niños subalimentados con las consecuencias que esto significa para su futuro.

La verdad desnuda es que vivimos en una sociedad con mucha injusticia y que la verdad suele estar ausente de la vida. Las desigualdades humanas son enormes y tanta explosión de violencia, de odios y

de tensiones son producidas por una situación de injusticia y de frustración.

Pensar en la paz significa pensar en la justicia. De otro modo vivimos en una peligrosa ilusión.

Chile no es una excepción a la realidad mundial y lo que nos sucede no es sólo un accidente ocasional. Nuestra crisis económica, la cesantía, el hambre, son los signos de una verdad escondida. Estamos en un país con posibilidades; pero con dificultades serias y conflictivas.

País joven, de mayoría de gente joven, con mucha improvisación permanente, de temperamento más sentimental que racional.

En este contexto mundial y nacional se debe realizar la tarea de evangelizar que el Sínodo de Obispos de 1974, en Roma, ha confirmado como "la misión esencial de la Iglesia". A estos problemas, a estas tensiones nos pide Jesús que entreguemos su respuesta y su palabra capaz de abrir horizontes nuevos.

Jesús siempre ha mostrado la consigna de seguir adelante. No podemos detenernos mirando pasivamente lo que sucede o esperando que otros solucionen todo.

El cristiano ha recibido del Señor la orden de no detenerse jamás.

Nuestra Iglesia va experimentando una evolución que deja mucho que pensar. La gran mayoría de nuestras comunidades cristianas pertenecen a los ambientes populares, obreros y campesinos. Quienes muestran mayor generosidad son los que tienen menores posibilidades económicas. Es verdad que "Dios está en el corazón de los pobres".

Siempre será misterioso y difícil de entender la respuesta del corazón humano a los llamados de Cristo. El Señor en el Evangelio aparece llamando a muchos y muestra como la mejor respuesta la dieron los débiles, los pobres, los que no tenían el poder.

¡Qué pocos personajes influyentes siguieron al Señor! Hoy día, en nuestra Diócesis parece haberse repetido este mismo hecho. La gran mayoría de los cristianos más cercanos a la Iglesia pertenece a los medios populares.

Aparece a la vista el renacer de una Iglesia apoyada y sostenida por los débiles, por los que tienen tal vez menor cultura; pero que tienen lo que no se compra ni se vende: generosidad, fe y buena voluntad.

Pareciera que el "tener" dificulta el "ser", y que en el dinero hay una maldición escondida que seca el corazón de aquel que lo tiene...

En esta perspectiva, tratando de entender la realidad que vivimos se presentan los rasgos capaces de animar toda la vida de los cristianos y producir la liberación y realización integral del hombre. Son caminos que, bien entendidos y llevados a la realidad, producirán una verdadera y permanente conversión en nuestras vidas y acentuarán una Iglesia más centrada en la verdadera evangelización.

Son caminos de liberación capaces de crear comunidades cristianas para construir la paz basada en la justicia y la verdad.

Se propone:

- a) Profundizar la humanidad de Jesús.
- b) Ser consecuentes con el sermón de la montaña.
- c) Aprender de Jesús la educación de la fe.

a) *Profundizar la humanidad de Jesús*

Reconocer la divinidad de Jesús no suele traer mayor problema y para muchas personas es sólo una afirmación tranquilizante que las ayuda a sentirse liberados de buscar a fondo la profundidad que significa la fe en Jesús.

La fe en Jesús, si se quiere que sea fe verdadera, necesita pasar por su humanidad. De otro modo nos quedaremos en una afirmación vaga de Dios y fácilmente tendremos la fe de los sabios, la fe de los filósofos; pero no tendremos la fe de los cristianos.

Es fundamental profundizar en el rostro humano, en la humanidad del Señor, para llegar a la fe verdadera.

Aquí radica una de las grandes dificultades de la formación cristiana. Es fácil presentar un Cristo abstracto, sin rostro, sin fuerza y energía. Eso es fácil; pero es tremendamente dañino porque es falso y demoleedor. Es fácil presentar un rostro parcelado de Jesús según las conveniencias del momento; pero eso sólo es una ilusión o una ingenuidad.

Nuestras comunidades, nuestros cristianos, necesitan encontrar y conocer la humanidad total del Señor para llegar a la fe cristiana verdadera. Impresiona ver a los cristianos que han iniciado este descubrimiento y este camino liberador. Aquel que encuentra la persona viva del Salvador adquiere una dimensión nueva que le ilumina y le dignifica toda la vida.

Toda la misión de la Iglesia, obispos, consagrados, laicos, es ayudar a que el rostro de Jesús sea conocido por todos los hombres.

Es el primer contenido que deben tener todas las instituciones o estructuras de la Iglesia. Es el corazón de la vida cristiana, primero y principal objetivo de nuestra acción pastoral.

“Que El crezca y que yo desaparezca” decía Juan Bautista y esa frase siempre tiene una inquietante actualidad.

La pastoral, la vida de la Iglesia, nuestras estructuras deben estar construidas sobre Jesús, “la piedra angular” del edificio.

“Hemos escondido al Señor” y falta una vivencia y amistad profunda con El. Jesús hoy está vivo y El es el único capaz de iluminar y clarificar nuestros problemas y tensiones.

Es necesario mostrar a todos los cristianos como Jesús “vive humanamente su divinidad”. Se requiere mostrar el Señor llorando por la ciudad de Jerusalén en que aparece el hombre amante de su nación y de su raza. Es necesario mostrar el amor de Jesús por los niños que no son personas importantes; el interés por su amigo Lázaro que nos muestra la amistad y el corazón de Jesús.

Los cristianos necesitamos encontrar a Jesús libre y liberador, a Jesús que sabe entender, perdonar y hacer crecer. Bastaría leer los Evangelios buscando los rasgos humanos del Señor para encontrar toda la maravilla del Hombre-Dios.

Es el Cristo que tiene corazón de pobre, es el manso, es el humilde. Es el perseguido por la justicia, capaz de denunciar la hipocresía de los fariseos y capaz de perdonar a la mujer pecadora.

Tenemos que ver los rasgos humanos de Jesús que trata de tal manera a cada hombre que logra dignificarlo, personalizarlo y hacerlo crecer. Como trata a Zaqueo, al buen ladrón, o a la mujer que padecía hemorragia.

Los contactos humanos del Señor lo muestran delicado, atento a los detalles de la vida diaria, respetuoso. Aparece el servidor que lava los pies a los discípulos y el Maestro que tiene autoridad.

Es Maestro, es Servidor. Hace milagros que no usa para convertir a nadie. Jamás presiona. Sólo invita. Es un sembrador que deja la cosecha a otros.

Jesús aparece frágil y débil. Se nos muestra cansado junto al pozo de Jacob al encontrarse con la samaritana y aparece con miedo y angustia cuando llega su "hora" a la cual tanto temía.

Y aparece fuerte y enérgico al castigar a los mercaderes del templo que comercializaban en la casa de Dios. Aparece fuerte al dar la vida por la verdad y al llamar las cosas por su nombre.

No es un ingenuo o un soñador. Conocía al corazón de los hombres porque su humanidad es plena y total.

Al ahondar en la humanidad del Señor llegaremos necesariamente a su divinidad. También esta humanidad del Señor nos llevará a una fe encarnada en la vida, a una fe no falsamente espiritualizada. Será el mejor camino para un cristianismo verdadero.

Es un camino largo, de proporciones insospechadas. Lo que importa es iniciarlo y saber que es una perspectiva capaz de dar plenitud a la vida personal. Es la perspectiva mayor para que las comunidades cristianas "tengan vida y la tengan en abundancia".

Una sola pregunta: ¿Por qué este camino no es presentado con mayor fuerza entre nosotros?

La respuesta es sencilla y es difícil.

Para seguir o presentar este camino se requiere "haber visto con nuestros ojos y haber palpado con nuestras manos el Verbo de la Vida" como dice san Juan (1 Jn. 1-4). Es necesario ser "testigos" del Resucitado. Posiblemente falta esa "experiencia" viva del Señor, esa contemplación directa de Jesús. Sólo entonces se puede iniciar y presentar este camino.

b) *Ser consecuentes con el sermón de la montaña*

En el capítulo 5 de san Mateo, en el sermón de la montaña, en las bienaventuranzas, aparece lo que puede realizar el Espíritu Santo en la vida de un cristiano, de una familia y en una comunidad cristiana. Allí aparecen los grandes problemas humanos: la justicia, la verdad, la pobreza, las relaciones humanas, la paz...

Jesús habló de los pobres, de los misericordiosos, de los de corazón limpio. Dijo que era necesario luchar por la justicia y por la verdad. Sólo así, dijo El, será posible construir la Paz.

En el sermón del monte aparece la mentalidad y el estilo que deben tener todas las estructuras de la Iglesia. De otro modo, tendremos "máquinas" o burocracias sin alma y sin futuro. Tendremos edificios muertos o corazones vacíos de amor.

¡Si lográramos entender que en el sermón de la montaña existen los caminos para encontrar la respuesta verdadera a la cesantía, al hambre, a la prepotencia, a la injusticia! En esa maravillosa perspectiva, todo unificado por el amor, podremos entender cómo abordar las desigualdades que nos afligen.

Las palabras de Jesús, entendidas y vividas, significan caminos de libertad que permiten vivir con gozo y con paz en cualquier sistema o sociedad.

Las agresividades, las angustias, el dolor y el miedo se superan sanamente al tener una mirada evangélica de la vida y de las personas.

Todos tenemos interrogantes y vacilaciones. Existen dudas y temores. ¿Quién no los tiene?

Es frecuente escuchar:

—¿Cómo luchar por la justicia, sin amargarse, con un corazón pacificado?

—¿Cómo no vender la verdad y no trazarlo todo en componendas fáciles?

—¿Cómo se une la pobreza y la solidaridad?

—¿Hasta dónde debemos compartir con los que no tienen ni siquiera lo fundamental?

Son preguntas difíciles.

Existen otras preguntas:

—¿Cómo no utilizar las personas y cómo no abusar de la influencia o del prestigio?

—¿Qué medios usar cuando Jesús sólo muestra el camino de los “medios pobres”; la cruz, el amor, el perdón, y jamás utilizó el poder ya que nunca pidió nada a los influyentes de su tiempo?

El problema de la pobreza y la solución cristiana a tanto dolor humano, a tanta tristeza y soledad escondida es un problema que golpea muy fuertemente a nuestro país que tiene tantas personas que viven en forma sub-humana.

La respuesta está, escondida para algunos, y menos escondida para otros, en el sermón de la montaña. Existe un gran miedo de penetrar a fondo en las palabras de Jesús; pero allí está la respuesta verdadera.

Se buscan seguridades falsas, se buscan soluciones en el dinero, en el prestigio, en los bienes materiales porque da miedo penetrar en el mundo al cual invita el Evangelio.

La tendencia general es componer ambiguamente lo que no se puede componer. La tendencia general es tranzar la verdad sin mentir; pero aceptando verdades a medias.

Se puede entender emocionalmente que el rostro de Cristo se encuentra dibujado en el enfermo, en el encarcelado, en los postergados, en los humildes. Los cristianos no nos atrevemos a negar el capítulo 25 de san Mateo sobre el juicio final en que serán condenados los que no vivieron esta verdad;

pero, con mucha frecuencia, le arrojamos tierra para no complicarnos la vida.

El Evangelio es incómodo porque aborda los problemas vitales y en cada cristiano existe la posibilidad de ser un Pilatos que se lava las manos, un Pedro que niega al Señor por tres veces, un Judas que lo vende por treinta monedas. Reconozcamos esa posibilidad y no vivamos defendiendo o justificando todas nuestras acciones.

Ser cristiano, vivir en una comunidad de cristianos, nunca será una solución de facilidad. Las respuestas pasan por la Cruz y "sólo la sangre de nuestra vida puede escribir las respuestas a las preguntas que nos han dejado perplejos".

Para la Iglesia siempre el sermón de la montaña trae problemas. Nunca será fácil vivir evangélicamente la vida. ¿Cómo vivir cerca de los hombres y cómo servirlos en forma eficiente sin prepotencia y sin aplastar a los más débiles? ¿Cómo unir la eficacia con la pobreza?

¡Qué profunda verdad está latente en la frase atribuida a uno de los emperadores romanos, en los comienzos del cristianismo: "El cristiano parece tener un poder formidable mientras camina a pie; pero cuando prospera lo suficiente para ir a caballo, entonces el cristiano será como cualquier otro hombre a caballo. Los discípulos de Jesús deberán caminar siempre a pie, si esperan hacer algo que valga la pena"!...

No basta decir que el amor lo arregla todo. Deberá ser un amor capaz de ser entendido por quienes viven en nuestro tiempo y cerca de nosotros porque se nos pide ser signos capaces de hacer que se descubra el rostro de Cristo a través de nuestra vida.

La Virgen María, la mujer que mejor ha entendido el sermón del monte, deberá iluminar nuestra

vida y nuestras preocupaciones. Ella nunca fue una persona instalada. María es peregrina, es itinerante, tiene una mentalidad, un estilo de vida y un espíritu capaz de penetrarlo todo con la mentalidad del Evangelio de su Hijo.

c) *Aprender de Jesús la educación de la fe*

Es pequeño, demasiado pequeño, el número de cristianos que han llegado a una fe madura y adulta. Son pocos los que unifican o proyectan su fe hacia la vida real y concreta. Por esa razón Juan XXIII dijo en una oportunidad que el cristianismo de América Latina era "orgánicamente débil".

El problema radica en la educación de la fe, ya que si no se logra conciliar la justicia, la solidaridad, la verdad con las prácticas religiosas, es señal de que la fe no ha alcanzado una dimensión verdadera.

La fe, si es madura, logra perforar la vida entera, con todas sus consecuencias. La fe verdadera anima e interpreta toda la vida humana, la familia, el sexo, el dinero, las relaciones humanas, la amistad, el matrimonio. Esta fe anima e interpreta los negocios, las relaciones del patrón con el obrero, el trato del padre con sus hijos, de los hermanos con los hermanos, de la autoridad con los subordinados.

¿Cómo hacerlo? ¿Qué pasos dar?

Lo mejor será escoger el ejemplo de Jesucristo educando la fe de Pedro quien estaba escogido para gobernar toda la Iglesia después de la Resurrección del Señor.

Pedro, el pescador, encontró a Jesús en la pesca milagrosa del lago de Genezaret. Descubrió su rostro humano, su capacidad de conductor de los

hombres. Pedro vio un camino interesante. Había encontrado Alguien a quien seguir para darle sentido a una vida que tenía horizontes muy limitados, y vivía en un país pobre, gobernado por los romanos, en un pueblo humillado.

Jesús entregó muchas horas y energías y establece una amistad personal con ese hombre rudo, apasionado, violento, poco reflexivo. Jesús lo quiere tal cual es y así lo acepta. Se inicia toda una educación a la fe verdadera.

Llega el tiempo del Tabor y en esa montaña se produce la Transfiguración en la que se vislumbra ya, no la humanidad, sino la divinidad del Señor. Se escucha la voz del Padre que pide escuchar a Jesús, su Hijo. Entonces Pedro da un nuevo paso en su fe.

Continúa la amistad de Jesús y Pedro. Viene el tiempo de la prueba, de la tentación. Surge el desastre de la Pasión y del Cristo Crucificado en el Viernes Santo. La fe de Pedro tambalea y cae, niega tres veces a su amigo y asegura ni siquiera conocerlo.

El Señor sigue creyendo y esperando. Sigue entregando confianza. Viene la Resurrección y el Evangelio nos narra la segunda pesca milagrosa y el diálogo de Jesús con Pedro que le dice: "Señor, tú sabes todas las cosas y sabes que te quiero" (Jn. 21).

Al final había llegado a la madurez en la fe. Era un hombre que había sufrido y crecido hasta llegar a un grado de fe adulta. Descubre ahora al Espíritu Santo y llega a la confianza y al abandono en las manos de Dios.

Primero descubrió a Cristo humano, después vio la divinidad del Señor. Más adelante conoció al Padre y después llegó a conocer el Espíritu Santo.

La fe del cristiano maduro establece una relación con la Trinidad y la mejor señal de la frágil educación de la fe de nuestros cristianos es constatar

la pasmosa ignorancia del Espíritu Santo en sus vidas.

San Pedro conoció la pobreza en la primera pesca milagrosa; pero sólo llegó a la obediencia, la verdadera prueba del amor, al final de la vida de Jesús en que acepta seguir al Señor adonde El quiere llevarlo y en las condiciones que El quiere.

Jesús lo fue educando y poco a poco se logró unificar toda la vida con la fe. Pedro, tímido, cobarde, un tanto fanfarrón o petulante, se va transformando en un hombre valeroso, consecuente que dió la vida por su fe. Es interesante ver sus actuaciones en los Hechos de los Apóstoles y como su fe, educada por el mismo Jesús, lo lleva a ser un gran santo. San Pedro, al tener fe madura, llegó a ser un hombre pacificado y sereno, tenía Paz. Fruto final y él mejor signo de la madurez en la fe.

La sabiduría que muestra Jesús al educar a Pedro, nos ayuda a entender en qué consiste la educación en la fe.

Conviene recordar que el gran elemento integrador, cohesionante y vivo se llama la oración. La oración da valor para abordar los problemas concretos, los problemas difíciles, las injusticias o lo que sea, con un corazón inundado por la fuerza del Espíritu Santo.

Tres rasgos: la humanidad del Señor, el sermón de la montaña y Jesús en la educación de la fe deben darle contenido a nuestras estructuras y hacer de nuestra acción algo vivo, coherente, capaz de entusiasmar a quien quiere abrir los ojos con buena voluntad.

II. UNA ESTRUCTURA

La Iglesia, de hoy y de siempre, necesita algunas formas de expresión, algunos canales o estructuras, para entregar lo único original que posee: Jesucristo y su Evangelio.

Los obispos chilenos han dado líneas pastorales sobre comunidades cristianas desde 1967. Hoy día, 1975, es posible constatar algunas realidades interesantes: la fe para muchos cristianos realmente ha penetrado y perforado la vida y estas personas han logrado unir la fe con todo lo que hacen. La noción "comunidad cristiana" ha dejado ya de ser sólo una palabra o una idea teórica porque existen grupos verdaderos de cristianos que viven en comunidad. En tercer lugar, pareciera que muchos cristianos han entendido que los sacramentos son signos de la vida nueva que trae Jesús y que celebrar un sacramento es una realidad que afecta a la vida total del hombre. Esta revalorización de los sacramentos ha llevado a que ahora un sacramento no sea una "cosa" o algo mágico sino un gesto de vida y de amor. Basta ver el trabajo de educación de la fe en la Catequesis y la seriedad con que algunos grupos preparan los matrimonios y los bautismos.

Finalmente, en cuarto lugar, tal vez lo más importante, se nota una preocupación seria por conocer a Jesucristo, el Evangelio y la Palabra de Dios.

Avances positivos que se refieren a una minoría, capaz de ser semilla y fermento y así lograr una re-

novación en la mayoría aún no sensibilizada a esta nueva situación.

La falta de sacerdotes, fenómeno mundial, va despertando la responsabilidad de los cristianos y la Iglesia, tal como la dibujó el Concilio Vaticano, va adquiriendo las características de Pueblo de Dios.

En esta perspectiva se propone:

—Reforzar la línea de comunidades cristianas; enriquecerla con una acción pastoral en la juventud y en movimientos apostólicos adultos, por ahora el profesorado.

Siempre la idea central se basa en las comunidades cristianas y la formación de personas está subyacente en toda la pastoral.

A. LAS COMUNIDADES CRISTIANAS

La Iglesia está en un proceso de formación y desarrollo de las comunidades. Esta tarea es la etapa decisiva en la promoción de los laicos. El Concilio destacó el sentido del Pueblo de Dios. Se trata de pasar de una Iglesia dirigida y asumida solamente por el clero a una Iglesia asumida en forma responsable por el pueblo cristiano bajo la orientación de los obispos y demás ministros con un sentido de participación activa de todos los miembros. La promoción de los laicos y su participación activa en las responsabilidades de la comunidad sólo es posible, gracias a la formación de verdaderas comunidades en todos los niveles.

Toda comunidad, ya sea familiar, social, etc. necesita tres elementos fundamentales.

Debe haber expresiones de fe, expresiones de amor, y un trabajo en común. La ausencia de alguna de estas tres expresiones será el fracaso de la co-

munidad; significará la rutina, la monotonía, una muerte natural silenciosa.

La Comunidad Cristiana, si quiere ser comunidad, para tener vida y crecer, necesita cultivar profundamente estas tres expresiones.

En primer lugar se requiere la expresión de la fe.

Fe personal en la persona viva de Jesús Resucitado, expresada en común en diversas formas. Es la oración en común; la lectura de la Palabra de Dios; la celebración del Día del Señor —ya sea por la Eucaristía ya sea por una acción litúrgica de los cristianos en ese Día Domingo.

Es la Fe que se traduce en un conocimiento progresivo del Señor y de su Iglesia. Es la fe que lleva a educar cristianamente a los hijos en una catequesis familiar en que toda la familia prepara a los hijos a los sacramentos.

Las comunidades responsables y con participación requieren la formación de cristianos adultos. En el pasado, la Iglesia dio mucha importancia a la transmisión de la fe a los niños. Esta tarea permanece como aspecto importante. Pero en primer lugar la Iglesia considera ahora la formación de los adultos, y considera que la formación de los niños será siempre más tarea de los mismos adultos. Por lo tanto las comunidades cristianas tienen por objeto primario y fundamental la formación de la fe de los adultos. Por otra parte, los adultos son las personas que tienen las responsabilidades en la vida y en la sociedad. Formar la fe de los adultos es formar una fe para las responsabilidades de la vida. La formación de la fe de los adultos no se hace por medio de una doctrina pasivamente recibida, sino por el diálogo, el intercambio de experiencias, la reflexión personal y comunitaria, y sobre todo por la acción y la reflexión sobre la acción.

La expresión de la fe necesita traducirse en personas, hombres y mujeres, que aceptan una diversidad de ministerios para construir la Iglesia local y diocesana. Significa un grado de fe capaz de asumir responsabilidades concretas.

Es la fe que acepta que algunos hombres de la comunidad reciban el mandato del Obispo para animar la comunidad y así puedan bautizar, dar la comunión, presidir la celebración del Día del Señor. Es la fe que va más allá de las limitaciones personales de esos hombres y acepta que la gracia del Señor pasa a través de sus personas aún cuando los hayamos conocido anteriormente con equivocaciones serias.

Esta deberá ser la primera expresión de la comunidad cristiana. No es una reunión de buenos vecinos, no es una agrupación más. Es un grupo de hombres, mujeres, matrimonios, jóvenes y adultos, reunidos en nombre de Jesús, por El y para hacerlo a El, el centro o el corazón de la vida.

La expresión de la fe lleva necesariamente a la expresión del amor. La fe que no se traduce en amor y en vida no es fe verdadera. Será sólo un sentimiento bueno que no alcanza a llamarse fe.

El amor lleva al respeto y a la amistad mutua; lleva a compartir y a asumir los problemas y necesidades de los otros. El amor significa reconciliación y capacidad de perdón. Amar significa compartir, participar alegrías y penas, la pobreza y la esperanza.

Las comunidades cristianas no existen para sí mismas, sino para servir y practicar una caridad activa. El servicio se dirige en primer lugar a los más necesitados; así lo hizo el samaritano que supo reconocer a su prójimo, al hombre abandonado que los otros no miraban.

La comunidad cristiana deberá abordar por amor todo el problema complejo de la justicia. Por consecuencia de la fe será necesario realizar lo que significa concretamente la palabra solidaridad.

Ejemplos en este sentido: Comunidades campesinas aportando productos agrícolas a comunidades de pobladores. Pobladores proporcionan alimentación a hijos de campesinos que estudian en la ciudad.

El amor lleva a asumir responsabilidades apostólicas con otras comunidades, con otros grupos humanos, de diversas mentalidades. Se dan pasos, a modo de ejemplo; una comunidad cristiana de campesinos ha decidido apoyar pastoralmente a otras dos nuevas comunidades que se inician.

La fe expresada con amor, necesariamente lleva a una tercera y última expresión: trabajar en común, crear actividades interesantes, realizar un quehacer que concretiza lo que se cree y lo que se ama.

La comunidad que se tranquiliza interiormente porque tiene buenas reuniones o porque realiza buenas ceremonias litúrgicas; pero que no logra llevar a la práctica lo que estas realidades significan, tarde o temprano, tendrá una grave crisis por su consecuencia.

La caridad es inventiva y crea nuevos servicios según las necesidades de los tiempos. Con ese espíritu, la Iglesia suscitó hace poco los Comités por la Paz, o los Comités de Solidaridad. Otras iniciativas surgirán que no tienen la pretensión de ofrecer el remedio a todos los problemas, sino solamente de ser signos que llamen la atención, muestran las necesidades y estimulen la caridad y el servicio mutuo en todas las instituciones.

Acciones de solidaridad, obras de misericordia, acción social, mecanismos para dar trabajo al cesante, participación en las organizaciones de bases y poblacionales, etc. pueden ser expresiones de ese deseo de vivir lo que se cree.

A modo de ejemplo: en una industria, ante la posibilidad de despido de algunos trabajadores, el conjunto solidariza con ese pequeño grupo pidiendo trabajar todos media jornada para que nadie fuera despedido.

Esta es, en síntesis, la estructura de nuestras comunidades.

Requiere un equipo central capaz de servir y proporcionar material y orientación a las comunidades cristianas.

Significa comprensión y apoyo de parte de los sacerdotes para ayudar a crecer al laicado en esta nueva dimensión.

Las comunidades crecen sólo si existe una verdadera formación de personas; basada en jornadas de formación, en retiros, en un apoyo y respeto real. Sólo así se crece y se logra una madurez personal cristiana verdadera.

Las comunidades cristianas así entendidas con un laicado adulto y responsable son capaces de revitalizar las parroquias y acrecentar la vida diocesana.

El mejor índice de la realidad o de la ilusión de una comunidad se llama la conciencia misionera. La fe, el amor y el trabajo, si están bien orientados, crean esta conciencia y evitan el peligro de encierros y repliegues falsos. Una comunidad debe ser fermento en la masa, sal de la tierra y luz del mundo. Una comunidad encerrada en sí misma, sin un dinamismo o una fuerza de irradiación hacia afuera

es una comunidad enferma o muy débil. Conviene confrontar la doctrina con la realidad y sacar las consecuencias...

B. LA PASTORAL DE LA JUVENTUD

La idea central de las comunidades debe ser enriquecida con un trabajo en la juventud.

Un escritor francés decía: "La juventud es profeta ella misma; lo que es ahora, será el mundo de mañana".

La Iglesia ha expresado: "Porque son Uds. los que van a recibir la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. Son Uds. los que, recogiendo lo mejor del ejemplo y de las enseñanzas de vuestros padres y de vuestros maestros, van a formar la sociedad de mañana; se salvarán o perecerán con ella" (*Mensaje del Concilio a los jóvenes*).

Es urgente y necesario enfrentar con seriedad la realidad de la juventud de hoy, la respuesta que la Iglesia debe dar en estos momentos.

Es necesario ver algunas realidades.

La primera realidad que se nos presenta es que vivimos en una sociedad predominantemente juvenil; la población de jóvenes adolescentes aumenta cada año. Es una característica de todos los países en desarrollo y en Chile más del 46% de la población es menor de 25 años.

Es una juventud de corazón sano, inteligente y con grandes posibilidades, que busca solución a sus problemas juveniles y con inquietudes de superación: pero es una juventud desorientada en todos los aspectos importantes de su edad, porque ni el colegio ni la familia, por lo general, han sido capa-

ces de orientarla de una manera adecuada a estos tiempos. Es una juventud, con frecuencia, explotada por las instituciones, que no siempre orienta a los jóvenes sino que se sirve de ellos. Se agrega a esto la explotación que los medios de difusión, cine, programas de radio, revistas, hacen de los jóvenes. Algunos se hacen ricos a costa de sus instintos o de sus inquietudes y los desorientan. Son muy escasas las revistas o programas de radio que en realidad están ayudando a formar jóvenes; en general los hacen quedarse en la superficialidad.

Toda esta situación juvenil se debe en gran parte a que hoy en día existen pocos educadores verdaderos. Nuestra juventud es una juventud solitaria. No existen criterios comunes para la formación juvenil, y parece que no hemos descubierto una formación cristiana para los jóvenes de hoy.

Los adultos no queremos aceptar la violencia de la ruptura de las generaciones, especialmente los padres de familia; a pesar de los cambios, los adultos nos hemos mantenido casi igual por poseer ya nuestra visión de las cosas; los cambios han afectado especialmente a los jóvenes. Ellos piensan de una manera distinta, tienen valores propios, son más perspicaces.

No reconocer que el mundo de los jóvenes es algo que apenas conocemos, sería engañarnos a nosotros mismos. Hay que darse cuenta que la historia camina más rápidamente de lo que quisiéramos.

Es doloroso constatar que los padres de familia están en una encrucijada difícil. Quieren formar a sus hijos, pero no están preparados para hacerlo; o son demasiado liberales, lo que los mismos jóvenes no aceptan o son estrictos utilizando criterios de preservación que ya no tienen eficacia. Hay un gran trabajo de los mismos padres para solucionar estos asuntos tan cercanos a su corazón y a su felicidad.

¿Qué hacer?

La primera condición para orientar a los jóvenes es conocer su mundo: el exterior y el interior. Los conocemos muy poco. Tenemos que terminar los trabajos con los jóvenes a base de intuiciones superficiales o que abarcan un sólo aspecto. Hace falta estudiar con seriedad una pastoral juvenil; hay que descubrir lo que los jóvenes piensan, sus escalas de valores, sus criterios ante la vida; hay que conocer su corazón, lo que experimenta, sus limitaciones y cualidades; es necesario conocer sus ideales, lo que buscan, lo que esperan. Es necesario examinar la fuerza de las presiones que sufren: de la educación, del ambiente en general. Los grandes gestores de este trabajo serán los mismos jóvenes.

Otra gran tarea:

Buscar un anuncio del Evangelio capaz de ser entendido por los jóvenes de hoy.

—¿Cuál es el acento que hoy hay que marcar en el anuncio del Evangelio a los jóvenes?

—¿Cuál es el método o el camino por el que llegaremos a sus vidas?

Se requiere descubrir un anuncio que lleva al joven a su plenitud humana, liberándolo de sus esclavitudes y llevándolo a su total expansión. Un anuncio que forme en ellos la verdadera personalidad y la verdadera libertad. Un anuncio que sea un camino para vivir mejor los valores que descubren: amor, amistad, sexualidad, vocación personal, acción social.

Tanto dentro de la Iglesia como en la sociedad, toda formación de los jóvenes pierde mucho si los adultos no son signos o ejemplos para ellos y si no existen comunidades de adultos que los reciban.

Los jóvenes de hoy poseen un agudo sentido social. Ellos quieren ser constructores de la sociedad

y tienen la misión de construir una sociedad mejor que la de sus mayores. De aquí la importancia de descubrir una formación social adaptada a los tiempos en que vivimos, y a ellos mismos, y descubrir concretamente cual es la acción social que los jóvenes de hoy tienen que realizar.

Líneas de Trabajo

La primera urgencia es que los asesores de movimientos juveniles, los sacerdotes, religiosos que trabajan con jóvenes, los propios dirigentes estudiantiles y juveniles y otros jóvenes, busquen la manera adecuada de anunciar el Evangelio a los jóvenes de hoy.

Otro aspecto urgente: formar verdaderos educadores de la juventud. Esta será una tarea de padres de familia, profesores y sacerdotes. Es de esperar una influencia mayor de los cristianos en el campo educacional.

Los adultos debemos reconocer que conocemos poco el mundo juvenil y que todos tenemos que aprender.

Debemos mirar con cariño este mundo juvenil y decidirnos a actuar porque con ellos estamos construyendo el mundo y la Iglesia de estos tiempos y del futuro. Y tener confianza en ellos "porque son poderosos y fuertes y capaces de vencer al maligno" (11 Juan, 2,14).

El Concilio decía a los jóvenes: "Es para ustedes los jóvenes, sobre todo para ustedes, por lo que la Iglesia acaba de alumbrar en su Concilio una luz, luz que alumbrará el porvenir. La Iglesia los mira con confianza y amor. Rica en un largo pasado, siempre vivo en Ella, y marchando hacia la perfección humana en el tiempo y hacia los objetivos últi-

mos de la historia y de la vida, es la verdadera juventud del mundo. Posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud: la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas. Miradla y veréis en ella el rostro de Cristo, el héroe verdadero, humilde y sabio, el Profeta de la verdad, y el amor, el compañero y amigo de los jóvenes" (*Mensaje del Concilio a los jóvenes*, 6).

En esta línea es necesario que quienes tienen vocación y capacidad para entender a la actual generación vean los caminos para unificar criterios y realizar una acción interesante.

La juventud busca intensamente, tal vez en forma poco perseverante, conocer más a Cristo, al Evangelio. Tiene interés por la Iglesia y por la fe. Desea hacer algo por sus hermanos.

Es un buen momento y es mucho lo que se puede hacer.

Hoy día, 1975, es interesante constatar la multiplicación de grupos juveniles y las posibilidades que tiene la Iglesia de hacer un servicio valioso a la juventud.

C. LOS MOVIMIENTOS DE ADULTOS. POR AHORA EL PROFESORADO

Una estructura de Iglesia necesita abordar el problema ambiental que supera a los problemas territoriales de las comunidades.

La vida humana suele funcionar a varios niveles: el trabajo, la familia, el barrio o el pueblo, la región, son realidades dignas de ser consideradas con todo lo que significan. Pueden ser causales de pobreza, de limitaciones o pueden crear un crecimiento valioso.

La fábrica, el asentamiento, el regimiento, la escuela, la oficina, requieren ser iluminadas por la presencia de Cristo y todo lo que sucede en esos ambientes, requiere una interpretación cristiana capaz de dinamizar la vida con la fuerza del Evangelio.

Si la Iglesia no penetra estas realidades diferentes, de niveles propios, a veces muy difíciles, es una Iglesia que necesariamente se autolimita y pierde una dimensión fundamental.

La acción de la Iglesia necesita interpretar y penetrar estas realidades.

Por ahora, con un sentido realista y por la relación profunda que tiene con la juventud y con las comunidades cristianas, se ha pensado escoger un grupo humano muy interesante y de grandes posibilidades: el profesorado.

Un maestro, una maestra, si está compenetrado de su fe cristiana y ha adquirido una dimensión apostólica es un testigo de Cristo extraordinario. Un equipo de profesores cristianos puede realizar un trabajo multiplicador de primera magnitud. No se trata de un proselitismo barato. Va mucho más allá. Es el testimonio de quienes asumen el cristianismo y lo comunican posiblemente sin palabras.

Ojalá que los maestros cristianos y quienes viven en este ambiente, vean la manera de abordar esta realidad.

Poco a poco será posible abordar otros ambientes. No parece sano abarcar más de lo que se puede y es posible pensar que a través de las comunidades cristianas se profundice un trabajo en el mundo obrero y campesino.

En estas reflexiones se ha tratado de entregar un espíritu y una estructura, un cuerpo animado por el espíritu de Jesucristo.

Es todo un camino por recorrer y en esta orientación se ha tratado de mostrar lo que desean los Obispos de Chile: "Lograr que la Iglesia, animada por el espíritu de Jesucristo y desligada de todo poder, abierta a los hombres, solidaria con los pobres y los que sufren, viva el Evangelio y lo comunique a todos los hombres".

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

TALCA, 12 de abril de 1975.

I N D I C E

Introducción	5
I. El espíritu de nuestra acción pastoral	9
II. Una estructura	21
A) Las Comunidades Cristianas	22
B) La Pastoral de la Juventud	27

Colección
VIDA CRISTIANA

ANUNCIAR A JESUCRISTO, por Ismael Errázuriz

LA ESPERANZA QUE NOS ANIMA

VIVIR LA FE HOY DÍA, por Alfredo Pouilly

EL CAMINO DE LA ORACION, por Carlos González C.

FORMACION DE PERSONAS Y DE COMUNIDADES CRISTIANAS, por Carlos González C.

UN ESPIRITU Y UNA ESTRUCTURA, por Carlos González C.